
Manifiesto por un desarrollo sostenible

Aprovació: Ple de 26 d'abril de 2011

El Consell Valencià de Cultura asume como propio el imperativo de velar por los valores del progreso, la justicia y la ética global, pues entendemos que la cultura es primordialmente el empeño por lograr que la razón y el conocimiento guíen la realización de individuos libres e iguales en un medio social y natural rico y estable.

Desde estas consideraciones, deseamos hacer un llamamiento a los gobiernos, instituciones, empresariado, universidades y ciudadanía en general, para que entre todos logremos avanzar hacia un paradigma social sostenible y respetuoso con la naturaleza.

Un sistema basado únicamente en el incremento de la producción como garante de las riquezas conlleva una contradicción de peligrosísimas consecuencias, pues, como ya advirtiera el Club de Roma en su informe de 1972 "The Limits to Growth", un crecimiento ilimitado no es compatible con un planeta finito. Si hasta ahora este límite del crecimiento parecía lejano, cada vez se nos muestra como una realidad más acuciante. Las reservas energéticas no son inagotables, incluso la alimentación no está garantizada en un mundo cada vez más superpoblado. Mientras las reservas naturales se dilapidan, la sociedad avanzada actual insiste en el incremento exponencial de la productividad y del consumo.

Generar un deseo por consumir más allá de las meras necesidades pretende ser la clave para la reactivación económica e incluso para la felicidad individual. Pero ello, además de insostenible, no solo esquilma el planeta sino que lo convierte en un inmenso estercolero de residuos que envenenan la biosfera y por supuesto, a nosotros mismos; además de agrandar las diferencias entre ricos y pobres, entre el primer y tercer mundo.

El problema es profundo, pues la solución no se halla en una voluntarista contención del marketing o un compromiso de austeridad, dado que la necesidad de más y más producción, de más y más consumo se encuentra en la raíz misma del modelo de mercado hoy vigente.

Desde las primeras décadas del pasado siglo diversos sectores industriales constataron que la fabricación de objetos de calidad perdurable estaba en contra de la rentabilidad, por lo que se empezó a adoptar la norma de lo que se ha dado en llamar "obsolescencia programada", esto es: que el ciclo de vida del producto sea lo suficientemente breve para que sea necesario

renovarlos con frecuencia. A ello se une la intensificación de la publicidad que alimenta el deseo de nuevos productos, considerando como desfasados los que aún funcionan.

No obstante, si el dinamismo decrece y el consumo se estanca las empresas quiebran, el paro aumenta y la crisis se agranda. Desde esta constatación realista, estamos lejos de que nuestra advertencia se asimile a un idealizado retorno a una sociedad preindustrial, si bien no podemos dejar de constatar que la economía debe encontrar otro modo de funcionamiento, acrecentador de riquezas pero sostenible.

Posiblemente uno de los caminos sea potenciar la eficiencia energética, nuevas actividades reciclables y el uso de las posibilidades de las tecnologías de la información que generan trabajo y riqueza con un gasto mínimo de materia prima. Y quizás más importante: imitar a la naturaleza misma que produce en abundancia pero no genera residuos sino nutrientes que vuelve a reutilizar. Acercarnos cada vez más a este modelo evitaría pensar en soluciones que se centren en la contención como único horizonte, aunque tal vez debamos aprender de la actual crisis económica que un grado de austeridad compatible con el progreso debe ser necesario.

La redistribución de las riquezas, la preservación de la biosfera y la prosperidad de todos sin exclusión es un deber ético hacia los actuales y futuros habitantes del planeta.